

Del imaginario alternativo al imaginario vigente y al revolucionario

Pedro Trigo

Introducción

Jesús de Nazaret decía que no se puede meter vino nuevo en odres viejos porque los odres se revientan y el vino se echa a perder. Se refería a la novedad de la que él era portador. El pensaba que esa novedad tenía que labrarse sus propios cauces. Si se la pretendía encauzar en los moldes consagrados por el judaísmo, la novedad se anulaba y su Evangelio se reducía a una variante de la religión establecida. En la historia surgen novedades más o menos radicales. La creación histórica es la más alta expresión del carácter histórico de la realidad. Pero las novedades son actuación de posibilidades y por tanto para realizarse tienen que echar mano de elementos ya dados, transformándolos más o menos radicalmente e incluso creando algunos; pero en todo caso partiendo de lo dado; ya que, por muy polémico o alternativo que se sitúe lo nuevo al respecto, no puede no tener nada que ver con lo vivido hasta entonces. Lo nuevo, pues, se enraíza en lo dado llenando vacíos, respondiendo a expectativas, planteándole retos... El punto de partida de lo nuevo son las posibilidades de la situación histórica. Pero si la novedad ha de permanecer como tal, el punto de partida ha de ser superado. Si los portadores de lo nuevo aceptan sin más los códigos establecidos, la novedad se reasume y queda reducida a otro aspecto de lo mismo... Esto ocurre tanto en el nivel de discurso, como en las lógicas subyacentes, la sensibilidad, los modos de relacionarse y organizarse, las prioridades en la realización personal y en el diseño social...

Así, pues todo movimiento que aspire a constituirse en alternativa total o parcial, porque se crea portador de una novedad superadora, debe vigilar estos diversos aspectos para que no le suceda que, al pretender mantener el todo y ceder a la inercia de lo dado en cada una de sus especificaciones y al final sólo quede un modo distinto de designar lo mismo ligeramente modificado.

Llamamos convencionalmente imaginario a la combinatoria de esos diversos elementos que mantienen la congruencia de una creación histórica. Incluye la ideología (en cuanto precomprensión genética, en cuanto perspectivas), el horizonte más o menos utópico de su proyecto, el futuro más cercano y previsible que

se proyecta, las esperanzas absolutas o la falta de ellas, el concepto de persona y de sociedad que se trae entre manos, el modo de sentirse ante la realidad y la sensibilidad con que se reacciona, el tipo de relaciones que se propician, el modo de producción del propio proyecto histórico... El imaginario sería ese molde que salvaguarda la novedad histórica en ciernes; y para que cumpla esa función sería el molde que esa novedad va fraguando, forcejando fecundamente con las posibilidades dadas. No tenemos interés en mantener la palabra imaginario; pero el concepto nos parece pertinente y no reductible a otros como ideología, perspectiva o talante.

Pues bien, nos parece que en América Latina el horizonte capitalista dependiente empezó hace unos quince años en un imaginario que hoy podemos designar como imaginario neoliberal. Es el que domina sin tener competidor que hoy por hoy pueda disputarle el campo. Hace más de treinta años apareció otro imaginario que venía incubándose desde hacía algunas décadas, que podemos caracterizar como imaginario revolucionario. Se presentó como alternativa global al imaginario vigente, y después de asentarse firmemente en algunos sectores (como ambiente y como organizaciones poderosas y aguerridas) y de representar una amenaza o esperanza para bastantes latinoamericanos, hoy parece haberse evaporado, salvo en algunos reductos. Sin embargo creemos que al menos desde hace dos décadas viene fraguándose otro imaginario y que poco a poco se va perfilando, no sólo como distinto del imaginario neoliberal establecido sino como diverso del imaginario alternativo que irrumpió en A.L. en los años 60. Este imaginario surge de fuentes, plataformas e inspiraciones variadas. Entre ellas está muy significativamente el proyecto pastoral que ha venido llamándose Teología de la Liberación. Para nosotros es fundamental poder caracterizar este imaginario en ciernes para custodiar su novedad de modo que siga dando de sí y que se inserte en lo dado, asumiéndolo como punto de partida, y trabaje en el sentido de convalidarlo o modificarlo o crear otras expresiones para que lo nuevo se reduzca a lo establecido sino que continúe abriéndose camino. Es obvio que no todo puede ser recreado en un mismo momento. Pero si se tiene en cuenta la dirección del proceso podrían crearse hoy actitudes que den lugar a nuevas capacidades, que engendren posibilidades inéditas, que a su tiempo den a luz esas realidades, hoy entrevistas, pero no posibles todavía.

La pretensión de este ensayo es tantear esos rumbos, pergeñar esos moldes. Somos conscientes de que en el momento actual del proceso no pueden pasar de esbozos. No obstante pensamos que pueden ayudar, tanto a entablar un diálogo constructivo que clarifique, como a estimular unas actitudes y una praxis que custodien el proceso.

Este imaginario alternativo ha ido surgiendo, decíamos, de muchas fuentes. También vienen surgiendo entre nosotros. Tomaremos esta perspectiva precisa que, aunque sea algo particularizante, tiene la ventaja de ser concreta. Quisiéramos que lo que vayamos a decir (aunque de manera muy poco refinada) sea, sin embargo, teoría, es decir, comprensión más o menos adecuada de una práctica colectiva, en este caso, de una práctica histórica pastoral.

En qué sentido es alternativo

Hay que comenzar afirmando que este imaginario es alternativo respecto del vigente en un sentido distinto que lo es el revolucionario. El concepto que maneja de alternativa se distingue del que maneja el imaginario revolucionario por la meta, por el modo de llegar a ella y por el sujeto llamado a concebir y llevar a cabo este proyecto.

Objetivos

El porvenir, objeto de esperanza

Respecto de la meta, este imaginario se mueve en distintos niveles, interconectados, pero no continuos. Es capaz de creer en una meta definitiva y vive de la esperanza de alcanzarla; pero no cree posible imaginarla ni representarla. Tan sólo la atisba mediante símbolos: el banquete de los pueblos en el Monte Santo, el banquete de las bodas, de la alianza eterna de Dios y la humanidad; la Jerusalén celeste, la morada de Dios con los seres humanos donde no habrá templo ni luna ni sol y la inmediatez de Dios será tal que caminaremos bajo su luz y él será la fuente perenne de vida. Esperamos que entonces no habrá enfermedad ni dolor, también se habrá descorrido el velo que tapa a los pueblos y la venda que hace imperfecto nuestro conocer, la muerte habrá sido vencida, ya no la llevaremos a cuestras, quedará definitivamente atrás; también la enemistad se habrá transfigurado en relaciones simbióticas, por eso pasarán junto el tigre y el ternero, el lobo y la oveja, y un niño los pastoreará. Esperamos alegría, inmediatez deleitosa de unos para con otros; pero también esperamos una tierra y unos cuerpos transfigurados, y por eso el símbolo del Banquete y la Danza de la Vida y la Tierra del Canto y de la Flor.

Todo esto lo esperamos a causa de la promesa de nuestro Dios. No es la proyección de sueños infantiles. Por eso no lo afirmamos como nuestro futuro, es decir como el desarrollo de nuestras potencialidades ni como el resultado inmanente de la evolución. Lo esperamos como el porvenir que se nos ha prometido. No es, pues, lo que habrá de ser hecho por nosotros sino lo que está por venir a nosotros de parte de Dios. Esta meta es algo, pues, que pende absolutamente de las posibilidades y el querer de Dios, revelados como promesa, y sólo podemos acceder a ella a través de una completa transfiguración. No podemos, por eso, conocer ni imaginar este porvenir que es la meta de nuestra esperanza: aún no hemos sido transformados, transformados, se entiende, por Dios. No está en nuestras posibilidades esta transformación.

Sin embargo, sí se nos ha dado quererla y suspirar por ella. Vida abundante, luz de vida, libertad en la verdad, bienaventuranza y, sobre todo, amor, contenidos medulares en esta promesa de Dios, son los bienes más apetecibles; ellos, poseídos y gustados a veces, hacen llevadera la vida; poseerlos es propiamente vivir, es decir, vivir vida que puedan llamarse humana. La plenitud de estos bienes se asocia para nosotros a un ámbito privilegiado: es la fiesta. En ella se celebra la vida abundante

y compartida. Se da en un ambiente de belleza en que la naturaleza acude con el paisaje y las flores, y el arte, con los vestidos y adornos, y se expresa en la comida y bebida deleitosa, en la cercanía corporal del abrazo, la mirada y la palabra, en la expresión corporal de la música, el canto y el baile. La fiesta es como una gota de eternidad, más allá del tiempo llano de la cotidianidad. Nos hace concebir otra dimensión de la existencia, una plenitud desusada que, sin embargo, no nos es dable prolongar. Por eso la fiesta es un símbolo del porvenir que esperamos, no una representación. Si la hemos gustado, como si hemos gustado el amor, queremos con todo el corazón llegar al puerto de nuestra esperanza. Y no necesitamos conceptos ni representaciones. Así pues, la meta que concibe este imaginario (o más bien la meta que recibe como promesa de Dios) es una alternativa radical, no sólo respecto del imaginario vigente y de la figura histórica actual sino de toda la historia de la humanidad y de sus posibilidades. Llamamos a esta meta Reino de Dios.

El porvenir, sembrado en el presente

Sin embargo, esta novedad tan radical no está sin conexión con esta vida. Es cierto que es porvenir, no futuro. Pero es un porvenir sembrado por Dios como una semilla, en esta tierra y en nuestros corazones. De modo que lo que vendrá sólo de Dios nacerá también de nuestra tierra, de nosotros mismos. Seguirá siendo trascendente porque esa semilla está sembrada más adentro de nosotros que lo más íntimo de nuestro ser y crecerá de suyo, sin que nosotros sepamos cómo. Será un misterio que ocurre dentro de nosotros, algo que nos sucede, no algo que nosotros hacemos y dirigimos. Pero ese misterio en nosotros es lo que nos constituye. Aceptarlo, no ponerle obstáculos, estar atentos a él, ponernos a su servicio es lo que torna humana a la vida.

Precisamente en la figura histórica vigente, dominada por el imaginario neoliberal que concibe que el fundamento de las virtualidades más sostenidas y poderosas del ser humano consiste en el esfuerzo sostenido de mantenerse a flote triunfando de obstáculos y competidores, precisamente en este mundo de lobos se nos invita a dar lugar a esta semilla que tiene en sí el porvenir. Se nos invita a consagrarnos con todas nuestras fuerzas, a que fructifique en nosotros y nuestro mundo.

Ya sabemos el contenido de la semilla: el porvenir en ciernes. Sólo en ciernes: aún es semilla, no fruto; aún no hemos sido transformados ni ha sido transfigurada la creación. Pero el mismo porvenir: amor que se manifiesta como ayuda al necesitado, como dar fe, como tolerancia, como paciencia, como complacencia en la verdad. Esta actitud nace de la fe en la promesa, de la confianza en el Creador Solidario, y su redundancia es la alegría, aun en medio del esfuerzo sostenido, de la penuria y el dolor. A la decisión de dar lugar a esta semilla y ponerse a su servicio llamamos acoger el reinado de Dios.

Así como el Reino de Dios vendrá a la hora que el Padre sabe y Dios será todo en todos los seres, así el reinado de Dios está ya en nosotros y por tanto depende de nuestra decisión abrimos a él. Dios nos pide todo el corazón: no basta que prestemos atención y le demos un lugar: necesita todo el lugar. A la larga no se puede servir a dos señores, no pueden cultivarse varias semillas en un solo corazón.

Relativa positividad de las acciones humanas

Esta semilla trasciende crece en nuestra tierra; esas actitudes verdaderamente divinas, es decir, espirituales (del Espíritu de Dios) dan lugar a acciones nuestras, que se caracterizan, como todo lo nuestro, por la relativa positividad. Ninguna acción como acción nuestra es absoluta; por más positiva que sea, siempre ofrece un margen de ambigüedad. El espíritu que brota puede ser completamente bueno, pero la acción, como humana, será siempre limitada y por eso susceptible de diversas interpretaciones. Hasta las acciones de Jesús, como humanas, fueron siempre relativas, y por eso Jesús se convirtió en bandera disputada, en blanco de contradicción.

Así pues, este imaginario, que vive de la esperanza del Reino de Dios y que trata de acoger el reinado de Dios, procurando denodadamente darle todo el corazón, este imaginario que espera la meta absoluta del Reino y cree en el misterio absoluto de su reinado ya presente, precisamente porque se abre a estos absolutos, no absolutiza sus acciones ni sus proyectos, sean personales, grupales, masivos o de envergadura histórica. Como tiene conciencia y vivencia de lo sagrado, no sacraliza lo que sólo es relativo. Y así no cree que de sus manos, de manos de la humanidad, pueda salir algo exento de ambigüedad, algo que sea simplemente bueno. A lo más que puede aspirarse es a la relativa positividad de lo creado. A nivel, pues, de proyectos cree que no es posible excluir la ambigüedad. Eso a pesar de empeñarse con todas sus fuerzas en acoger y dar lugar a esta semilla de vida eterna que Dios sembró en nuestros corazones.

Ambigüedades y abertura en los proyectos históricos

Este imaginario cree que la historia es relativamente abierta (no está determinada, caben novedades, no siempre cualquier cosa, pero sí alguna) y por eso propone proyectos personales, grupales, institucionales e históricos de carácter relativo. No cree que en la historia quepan figuras escatológicas. Y por eso no suspira por la fórmula que permita pasar de esta historia, tenida como prehistoria, a otra fase que sería la verdadera historia. Cree que las figuras históricas hay que rehacerlas una y otra vez en procura de mayores posibilidades de vida humana compartida. Aunque sí cree firmemente en la perfectibilidad de la persona humana, de las estructuras e instituciones y de las figuras históricas, no se representa la historia como un desarrollo lineal ascendente. Cree que la historia es realmente abierta y que, por tanto, caben bajadas en un aspecto y subidas en otros, atascamientos, catástrofes, saltos hacia delante... cabe lo que vayamos dando de nosotros mismos como cuerpo social. Por eso se empeña en mejorar con realismo y audacia,

lo que puede significar mejorar una figura histórica o transformarla en otra en la que quepa mejor la vida cualitativamente humana de toda la humanidad.

Este sería el caso presente. Este imaginario cree que la figura histórica vigente, lejos de constituir un fin de la historia, es una figura de transición ya que es a la vez la última figura del Occidente, por fin mundializado, y la primera figura de la historia universal, pero con el anacronismo de que aún no es universal el autor que la ha diseñado y los que la gerencian y usufructúan, aunque sí los actores que la padecen como drama. Pero la figura histórica que venga debe cabalgar sobre los bienes civilizatorios logrados por la figura actual, así como sobre la estructura del mercado que no será dejada atrás sino perfeccionada y complementada con otras que sean más capaces de expresar dimensiones humanas a las que no hace justicia el mercado.

Así, pues, este imaginario concibe una meta absoluta como porvenir, cree que ese porvenir actúa ya como misterio sagrado en el que se inicia, al que se entrega. pero desde la experiencia de esas magnitudes sagradas (Reino y reinado de Dios) experimenta la relatividad de las acciones y construcciones humanas, su inextricable ambigüedad, incluso, la presencia en ellas del pecado, aunque también la posibilidad de una perfectibilidad siempre mayor, que sin embargo, no es acumulativa y debe ser siempre rehecha. Por eso a nivel de proyectos históricos, se mueve siempre en el terreno de lo relativo en busca de mayores dosis de vida digna y compartida para todos.

Sujeto histórico

La internacional de la vida

Este imaginario alternativo se distingue también del revolucionario por la manera de concebir el sujeto que lo está gestando y lo va llevando a cabo. No es el proletariado, como el otro polo de la clase capitalista en el proceso productivo, no es tampoco el pueblo, ni concebido como exterioridad respecto del sistema ni como sujeto mítico portador de potencialidades mesiánicas. Habiendo accedido por fin a la historia universal, el sujeto no puede ser ni una cultura mundializada ni una sola clase ni siquiera los pueblos de toda la tierra (en el sentido de los de abajo y en cuanto seres culturales con sus diversas culturas irreductibles). El sujeto tiene que ser plural y ecuménico. Son sujeto esas personas que, dejando egoísmos e insolidaridades, que negándose a formar parte por omisión y comisión de la violencia de la muerte, se entregan a esta violencia de vida que lleva a la vida, se hacen violencia a sí mismos al vencer inercias e individualismos, al desarrollar al máximo sus capacidades y ponerlas al servicio del bien común que pasa necesariamente por el bien de los de abajo. Estas personas forman lo que podemos llamar la internacional de la vida, porque, desde sus particularidades de raza, cultura, religión, sexo, generación y clase, trascienden a la consideración de toda la humanidad y tratan de hacer efectiva una relación simbiótica, empezando por los de abajo.

Gente popular

Una parte imprescindible y nuclear de esta internacional de la vida la compone efectivamente gente popular. No toda la gente de cada pueblo, ya que no todo el que nace y vive en un medio popular, ni mucho menos, se asume como pueblo y se relaciona con sus vecinos como parte de un mismo conjunto. Cuando no hay distancia económica, la lejanía se expresa al ponerse de espaldas, al vivir en medio como exiliado, con el pensamiento y el deseo en el mundo de arriba por el que se autodefine y al que aspira a acceder con todas las fuerzas, dejando atrás a aquellos con los que se roza, pero con los que no se trata ni asume. Estas personas son propiamente los marginados porque se definen por lo que no son, pero que viven únicamente tratando de serlo. Estos pertenecen objetivamente al pueblo, pero no subjetivamente, y como nosotros estamos preguntándonos por el sujeto hay que concluir que ellos forman parte de la internacional de la vida. Eso no significa que no deban ser tomados en cuenta por los que pertenecen a ella. Obviamente que no se los tiene ni como traidores ni como casos perdidos ni se practica con ellos la exclusión que ellos mantienen con sus vecinos que se asumen de la clase y cultura popular.

Hay que enfatizar, porque para muchas personas no resulta evidente, que para las personas del pueblo formar parte de la internacional de la vida no es algo que va de suyo, sino que es producto maduro de una decisión profunda que con frecuencia resulta heroica. En efecto, viviendo en el imaginario vigente, todo les empuja a consustanciarse con él siguiendo fielmente sus pautas. Siendo considerados como los perdedores, los que ni tienen ni saben ni pueden ni valen, lo normal es que, siguiendo la propaganda, se propongan dejar de ser ellos mismos y ocupar un puesto en el orden establecido como asimilados a él, como integrados. Supone un grado elevado de autoconciencia (que no tiene por qué ser consciente), de autoaprecio y, en definitiva, de libertad la elección que hace por sí y los suyos una persona, no sólo injustamente privada de bienes civilizatorios sino a quien no se le reconoce la dignidad humana y en la práctica se le trata como carente de derechos ciudadanos, incluso humanos. Que el explotado, excluido y despreciado se respete a sí mismo, respete a los suyos y busque hacerse respetar por los que le faltan al respeto, pero sin pagarles con la misma moneda, es una especie de milagro. Y sin embargo estas personas existen y no constituyen excepciones. Son muchos los que en el seno del pueblo tratan de seguir este camino. Ellos constituyen una parte medular e imprescindible de la internacional de la vida.

Podemos constatar en Nuestra América que así como los centros comerciales, gerenciales y residenciales de las grandes ciudades son todos iguales y también se parecen mucho quienes los habitan y, sin embargo, viven de espaldas unos de otros, desconociéndose, sin mayor interés en relacionarse y formar un conjunto, así los pueblos latinoamericanos, que son tan variopintos y viven en hábitats tan distintos, al ponerse en contacto, se reconocen y constatan que están en lo mismo y quieren llegar a formar un solo cuerpo social. Me refiero a aquellos del pueblo que se asumen como tales, los que forman ese conjunto abierto que denominamos internacional de la vida.

Profesionales solidarios

Pero también forman parte de ella, no como simples aliados sino como verdaderos sujetos históricos, un número significativo, actualmente en crecimiento, de profesionales de países del Primer Mundo y también del Tercero. No nos referimos a aquellas personas altruistas que, asimilados en sus países al orden establecido, dedican parte de su tiempo libre y de su dinero excedente a ayudar a los pueblos del Tercer Mundo, o hasta se trasladan a ellos para dedicarse a ayudar, pero sin cambiar ni su identidad ni sus relaciones con los países de origen de los que se sienten en cierto modo como representantes. Estos son simplemente bienhechores, que es una de las posibilidades del imaginario vigente, la flor y nata, podríamos decir, el alma del orden establecido, que en sí es desalmado.

Forman parte de la internacional de la vida aquellos que, habiendo llegado a comprender esta carácter desalmado del orden al que pertenecen, se ven obligados a desolidarizarse de él y a vivir en él como exiliados, sabiendo y sintiendo que ese no es su mundo, y luchando en él porque nazca otro ordenamiento en que el desarrollo sea humano al estar al servicio de la persona y al tomar en cuenta a todas las personas. Cuando estas personas empiezan a considerar como absoluta la vida y como relativo el tener y el status, y llegan a comprender que esta afirmación de su vida entraña no sólo la afirmación de la vida de los suyos sino la afirmación de la vida de los pobres y, para hacer verdad la afirmación de la vida de los pobres, se aproximan a ellos de una u otra forma hasta entablar con ellos una verdadera alianza, ya han dejado atrás al imaginario vigente y pertenecen a la internacional de la vida.

La transformación interior y la constitución de un cuerpo social

Estas personas existen y, gracias a Dios, no como excepciones sino como minorías cada vez más convencidas, organizadas, creadoras e influyentes. Al comienzo su crisis fue predominantemente ética y vivieron la necesidad perentoria de una especie de expiación y compensación, que los tornaba un tanto compulsivos. Ahora se han serenado y van recreando sus vidas, lo que no implica sólo bajar de status y negarse al consumismo sino adquirir una verdadera libertad, nacer a relaciones humanizadoras, idear modos de expresar la solidaridad, en fin crear cultura como propuesta positiva, incluso atractiva, en medio de su talante francamente alternativo y en ocasiones muy conflictivo, pero no adversativo, fanatizador ni estigmatizador. Este sujeto, denodado, responsable, es portador de alegría y así portador de futuro y de porvenir.

En estos años asistiremos a la progresiva articulación de este sujeto, aunque aún necesita mucho tiempo, seguramente generaciones, para madurar en su proceso interno de transformación hasta constituirse en otra expresión distinta del Occidente desarrollado, que lo trascienda desde dentro. El activismo hacia el Tercer Mundo puede ser signo de su inmadurez. Todavía tiene que escuchar mucho, llegar a participar también de la alegría cotidiana y de la fiesta de los pobres

de la tierra. Todo eso tiene que dar qué pensar y qué sentir. Tiene que convertirse en buena nueva que ayude a alumbrar posibilidades humanas distintas para él. Realizarlas llevará mucho tiempo. Entrañará construir ámbitos de vida. En todo este proceso no puede faltar la solidaridad con los pueblos del Tercer Mundo y a través de él esta solidaridad se irá decantando de modo que desaparezca totalmente el bienhechor y se acceda a la reciprocidad de dones. Ya hay muestra de todo esto. Pero falta para que de esta alianza surja un verdadero cuerpo social. Entonces la internacional de la vida podrá dar lugar a otra figura histórica.

Caracterización del imaginario emergente

De un modo sucinto este imaginario alternativo que se va perfilando entre nosotros se caracteriza por un ámbito preferencial que es la casa del pueblo, un modo de producirse en el que lo decisivo es el tiempo o ritmo de la cotidianidad y las relaciones abiertas, horizontales y mutuas, y una realidad que considera absoluta, sagrada, que es la vida concreta de la gente. Dicho de otra manera, este imaginario se expresa en unas coordenadas espaciotemporales privilegiadas que son la casa del pueblo y el tiempo de la cotidianidad; se va produciendo a través de unas relaciones que considera constituyentes de la dimensión personal; y tiene un contenido absoluto que es la vida.

El ilustrado no puede entrar en la casa del pueblo

Frente a los imaginarios ilustrados, tanto el liberal como el socialista, este imaginario alternativo tiene como ámbito privilegiado (aunque de ningún modo exclusivo) la casa del pueblo. Los ilustrados no pueden entrar en la casa del pueblo sino como investigadores. Pueden escribir de modo erudito y hasta entusiasmado sobre tal o cual aspecto de esta casa, de esa vida, es decir de esa cultura. Pero los que la habitan no son un "tú" para el ilustrado porque, aunque sean contemporáneos suyos por vivir en el mismo tiempo cronológico, no son sus coetáneos porque no viven en la misma época. Dentro de una concepción etapista de la cultura, el ilustrado; lo considera a los que habitan como pertenecientes a una época que para él es pasada. Por eso, en su concepción de desarrollo ascendente, él piensa que comprende al pueblo mejor de lo que el se comprende a sí mismo porque lo lleva a la espalda como su pasado superado y abolido; pero por eso mismo no puede dialogar con él. El pueblo no puede comprenderlo porque él, como ilustrado es su futuro, todavía inexplorado. De todos modos, no pertenecen ambos al mismo conjunto ni a conjunto homologables ni son próximos. El está de espaldas al pueblo como ser cultural, está volcado por completo a la cultura emergente que está naciendo de sus manos. El pueblo, aunque se ponga de cara al ilustrado, por hipótesis, no puede entenderlo. Lo más que llega a sentir (y puede llegar a sentirlo muy nuevamente) es el deseo ardiente pero importante que siente la materia por llegar a ser investida por la forma que la ponga a valer.

El ilustrado desborda esta caracterización cuando reconoce que el pueblo tiene casa, es decir que los pueblos son seres culturales y espirituales actuales, o sea que

son coetáneos porque, aunque carezcan de bienes civilizatorios que la cultura ilustrada inventó en épocas pasadas o en la actual, en el nivel de la cultura no existe etapismo sino modos distintos de concebir, producir, organizar y simbolizar la vida humana, modos articulados que configuran sistemas, pero ordinariamente dinámicos y en conexión conflictiva o simbiótica con otros. Este descubrimiento no es, en primer lugar, de carácter científico, es decir objetual, ya que si se mantiene sólo a este nivel no desborda la relación sujeto-objeto y el pueblo continúa sin ser un tú.

Sólo se afirma la vida del pueblo al afirmar la vida de los pobres

Ocurre un verdadero salto cuando se comprende que la afirmación absoluta de la vida pasa necesariamente por la afirmación de la vida de los de abajo. Es un salto porque los imaginarios ilustrados están montados sobre una lógica distinta que va de las elites a las masas. Conciben que primero la vida (la riqueza, el poder, el saber) se concentra en unos pocos, que por eso se pueden llamar objetivamente privilegiados y subjetivamente aristócratas (es decir, los mejores en cuanto que han sido capaces de obtener, retener y gerenciar cuotas ascendentes de riqueza, saber y poder), y, después, y por su medio esa vida se expande por círculos cada vez más amplios que van integrando, aunque subordinadamente al ámbito cultural y civilizado que el Occidente ha ido desarrollando de un modo consecuente y sostenido hasta llegar a abarcar hoy al mundo entero. Sin embargo, no se ha logrado un ámbito común compartido. El mercado no es ese ámbito; por el contrario, dejado a sí mismo, polariza cada vez más, como hoy viene ocurriendo.

Frente a los imaginarios ilustrados este imaginario alternativo pretende alcanzar el bien universal a través del bien de los pobres. En primer lugar aspira efectivamente a un bien universal. Esta es una diferencia fundamental con el imaginario vigente, que desconoce el concepto de bien común porque no cree en una existencia compartida y por eso se restringe a crear unas condiciones formales, legales, en las que cada quien, al menos en principio, pueda desarrollarse y alcanzar un lugar. Este imaginario cree en la existencia de la humanidad como una realidad que pugna por hacerse justicia y expresarse. Una realidad personal, tanto en la dimensión individual, interpersonal y grupal, como en la que inhibe el nombre propio y el para sí para desaguar en el cuerpo social del bien común. Cree que el bien común no es un abstracción y que por el contrario es el bien más personal.

En segundo lugar, está convencido que este bien común sólo se persigue eficazmente cuando se procura seriamente y de modo directo y prioritario el bien de los pobres. La experiencia le demuestra que el bien de los pobres no será nunca redundancia de un estado de bienestar cada vez más generalizado. Lo que se lograra por esos medios despersonalizaría tanto a los que gerencian como a los que usufructúan este modelo social. Como igualmente despersonaliza a ambos la dádiva que los ricos dan a los pobres para paliar las situaciones o casos más extremos. No estamos contraponiendo políticas con base en la producción de bienes y servicios, y políticas que prioricen la distribución igualitaria. Insistimos en la necesidad de

idear un modelo alternativo en que la vida de las mayorías, entendida no sólo como consumidores potenciales sino como sujetos creadores, sea el principal incentivo para la investigación, la organización de la producción, los diseños de comercialización, y todo esto inscrito en modelos más complejos de relación y en concepciones más integrales de la vida. No nos referimos, pues, a costosos “megaproyectos sociales” para paliar de algún modo los efectos de una política económica neoliberal llevada a cabo como prioridad absoluta, que a causa de sus efectos perversos deba ser contrabalanceada. Nos referimos a una política y, más aún, a una dirección global de la vida que pretenda el bien común de toda la humanidad y que lo pretenda de un modo personal y no sólo como una planificación objetivada en aparatos institucionales y dispositivos técnicos; y afirmamos que ese objetivo pasa por una puerta ineludible que es el bien de los pobres, que además, hoy por hoy y cada vez más, son la abrumadora mayoría de la humanidad.

Tiempo privilegiado: la cotidianidad

La vida en función de una dimensión absolutizada

Como hay un lugar, también hay tiempo privilegiado: es el tiempo de la cotidianidad. Los imaginarios ilustrados privilegian de tal modo una dimensión de la vida (la producción-consumo o la lucha revolucionaria, respectivamente) que la vida pasa a ser función de esa dimensión (se vive para producir y consumir o se vive para hacer revolución) y es ella la que la organiza. De ese modo se impone un ritmo no pautado por la misma vida, sino por esa dimensión que, aunque pertenece a ella, al absolutizarse (de tal modo que en eso consiste vivir) reduce la fluencia, el ritmo de la vida y su pluridimensionalidad a un tiempo que la fuerza y distorsiona. Y así es el ritmo de la producción-consumo o del quehacer revolucionario el que pone la vida a su servicio, de modo que la gente se desvive, al tener que servir a esa dimensión absolutizada. En los imaginarios ilustrados la significatividad, lo decisivo, lo público es lo pautado por la producción-consumo o por la lucha revolucionaria. Lo demás es meramente residual, privado carente de significatividad para la humanidad y por eso liberado al gusto o capricho de cada quien, con tal que no interfiera en lo público, que no reste energías para la producción-consumo o para la lucha revolucionaria o que no llegue a invadir el campo de los demás. Así uno se define como gerente exitoso, como profesional altamente cualificado, como propietario emprendedor... y esa actividad es la que pauta y cualifica la vida, o bien se define como militante de la causa o como liberado por el partido, y toda la vida gira alrededor de esas actividades que son las que le ponen a uno en valor. Nuestro imaginario está de acuerdo en que hay que dedicar bastantes energías a producir la vida material y a luchar por una estructura social más justa y participativa; pero insiste en que esas deben ser funciones de la vida y no pueden aspirar a que la vida esté en función de ellas. El mejor modo de hacer justicia a la pluridimensionalidad de la vida es respetar sus ritmos...

La cotidianidad es, pues, el ámbito por excelencia donde se decide la vida como existencia y como calidad. No nos estamos refiriendo, insistimos, al trajín diario

dentro de los imaginarios ilustrados; nos referimos al esfuerzo denodado del pueblo por vivir los ritmos de la vida cuando se vive a salto de mata, cuando no hay cauces sociales establecidos, cuando se vive más allá del orden de la ciudad y ya no existe ese orden ancestral del campo. En esa tierra de nadie, en ese tiempo sin señas, el empeño por vivir a como dé lugar una vida humana, es decir, la primacía de la vida se expresa en la entrega a cada momento, a cada dimensión de la vida, en la sabiduría de darle tiempo al tiempo, de atenerse al ritmo de la vida. El resultado es vivir esa agonía con relativa calma y la capacidad de engendrar una cotidianidad donde al parecer hay menos recursos para establecerla. Puede pasar cualquier cosa, nada está seguro; y, sin embargo, se vive una normalidad; y es precisamente ese ritmo interior el que capacita para enfrentar tanta emergencia, el que permite transitar sin romperse, del llanto al quehacer y del trabajo al canto. Ese ritmo interior, la modulación de la vida, dota de realismo para dar a cada problema su justa dimensión. Y al tener que dar respuesta a lo que va viniendo sucesivamente, la persona se libera de la fijación obsesiva y se renueva en ese intercambio dinámico. Esta actitud no resulta nada fácil, entraña una arte consumado que se va alcanzando con el tiempo, en un aprendizaje, a veces muy doloroso pero fecundo. Esta docilidad a la vida y a su ritmo encierra una gran sabiduría y su resultado es la fecundidad. En el nivel social esta fecundidad se expresa en la constitución y el mantenimiento de un ámbito de cotidianidad cada vez más denso y vivible, a pesar de todo.

Normalidad despersonalizada y cotidianidad personal

Hay en lo que decimos una aparente paradoja: parecería que la cotidianidad es el ámbito de lo establecido y que precisamente el pueblo que vive en agonía sería el que no alcanza a transitar por los cauces de la normalidad. Es cierto que el imaginario vigente está marcado por pautas y por eso la vida resulta completamente previsible, en tanto que la gente popular vive a la intemperie, sin seguridades y a merced de mil imprevistos.

Lo que queremos decir es que el ritmo inflexible del imaginario vigente no es el ritmo de la vida, no es un ritmo humano (ni el de la producción ni el del consumo, igualmente frenético). Es un ritmo compulsivo que se vive como una agresión permanente y del que las personas pretenden desquitarse en el tiempo libre de un modo tan compulsivo que resulta una autoagresión igualmente destructiva. Las personas se sienten atrapadas, entrampadas, compelidas, forzadas porque el ritmo que las tiraniza no es el ritmo de la vida ni propicia que aflore la humanidad y más bien necesita que ésta se agazape para que la mecánica siga su curso.

Esa gente popular, que es la que más motivos tendría para desvivirse, para desvelarse, para andar por la vida a base de conductas meramente instintivas y reactivas, es, sin embargo, la que nos ha enseñado a vivir la guerra en paz, a vivir con el corazón en la mano, a flor de piel, aunque sufran mil heridas, a vivir con frescura, a entregarse a cada momento, a vivir verdaderas experiencias y no meras conductas pautadas desde el poder. Naturalmente que no son así todas las personas

que viven en medios populares; pero sí son personas que viven ahí las que nos han enseñado que la vida hay que vivirla, gozarla, sufrirla, sudarla, pero todo a su tiempo y cada cosa en su proporción, de modo que pueda hacerse justicia a cada elemento y a cada dimensión.

No sacralizar lo que es sagrado

El que la vida sea una magnitud sagrada, el que se la recree desde la obsesión, no significa que se la sacralice. Porque es sagrada no hay que sacralizarla. Es sagrada en su relativa positividad, que tantas veces la convertimos en relativa negatividad. Esta afirmación absoluta de la vida se da desde la aceptación de sus límites, de la pecaminosidad de los grupos, las instituciones y las personas; más aún desde la aceptación de la ambigüedad inextricable de la historia. Luchamos por una existencia digna y compartida y por una historia que cada día sea un poco más buena que mala. No nos escandalizamos si pretendiendo el bien nos topamos con el mal. Ni tampoco de que se procuren provechos privados sabiendo que se acarrearán desastres para muchos. Ni siquiera de que se elija obrar el mal. No nos escandalizamos porque está dentro de nuestras posibilidades permanentes. Pretender una configuración social donde no se den esas posibilidades, además de imposible, nos parece una empresa inhumana. Como también es inhumano resignarse al mal y no luchar contra el mal. No pretendemos proyectos históricos en los que no quepa el mal. Nos conformamos con que a ciertos males que deterioran notablemente el cuerpo social se los prevenga hasta cierto punto con legislaciones adecuadas y se les pueda poner remedio, a posteriori con un sistema penal proporcionado y transparente. Los otros males los toleramos.

Este imaginario entiende la revolución como pasar de una situación que estructuralmente es más mala que buena a otra que en sus estructuras e instituciones sea más buena que mala. Reforma sería mejorar sin que la situación cambie de signo. No pretendemos más, pero tampoco menos. Y nos parece suficiente porque constatamos lo difícil que es mejorar establemente la cotidianidad, mejorar nuestras relaciones y mejorarnos a nosotros mismos. Por experiencia comprendemos que estas mejoras son mucho más lentas que las adquisiciones y la socialización de bienes civilizatorios. Y que a diferencia de éstos, la calidad humana de la vida no se adquiere de una vez por todas, sino que es tarea de cada persona y cada generación, tarea permanente.

La vida de los pobres como medida

Para este imaginario la vida no es la eterna juventud de los bellos cuerpos satisfechos. No comparte esta ilusión del mundo de los sueños y la publicidad del imaginario vigente. Claro que ama la belleza y la juventud pero la consideración de la vida como don sagrado le lleva a privilegiar aquella vida más expuesta y desprotegida que reclama nuestra correspondencia, que es así corresponsabilidad: los niños, los ancianos, los enfermos, las madres y sobre todo los pobres. Este imaginario considera que la actitud respecto de los pobres es la que pone al

descubierto si nuestra relación con los demás está pautada por este respeto sagrado a la vida y esta entrega a su fomento, o si privan otros respetos particulares (lazos familiares, interés económico, atractivo sexual, pertenencia al grupo étnico o cultural...). O, dicho de otro modo, la relación con el pobre mide hasta qué grado las demás relaciones trascienden y en este sentido son sagradas y hasta qué grado son relaciones particulares, intrascendentes y precisamente por eso indebidamente sacralizadas.

Pero también, si por el hecho de ser lo que son, y no por su relación conmigo, se atiende con gracia y alegría a los ancianos, a los enfermos, a los niños y a las madres, se puede presumir que el privilegio de los pobres no es una ideología o una bandera a través de la cual conseguir prestigio o poder sino una entrega concreta a la condición sagrada que reluce desnudamente en ellos y que por eso se lleva a cabo con respeto, ternura y creatividad.

La fiesta como test

Una muestra privilegiada de que la consideración sagrada de la vida no se restringe a mera declaración de principios es la tendencia a celebrarla, la capacidad de vivir la fiesta. La fiesta no es el consumo colectivo de manjares y espectáculos. Un banquete o un show se pueden encargar, se pueden comprar. La fiesta acontece. No es siquiera una obra que llevan a cabo sus participantes sino algo que les pasa a ellos, que pasa por ellos y a lo que ellos se entregan. La fiesta es un símbolo de lo absoluto, del Reino de Dios. Y sólo se accede a ella si se ha aceptado el reinado de Dios, la semilla de vida filial y fraterna que él deposita en el corazón de cada ser humano.

En la fiesta no se celebra la realización de un bien negocio o el triunfo sobre un contendor. En la fiesta se celebra simplemente esta vida humana que fluye por los mil canales de la cotidianidad. Se celebran los signos, los sacramentos de esa vida que sigue emanando entre estructuras de muerte, en medio de una situación letal. Por eso en los imaginarios ilustrados, signados por la pura praxis, por la acción titánica, no cabe la fiesta. Sólo los pobres celebran fiestas, y los que se solidarizan con ellos. Un test de si se ha pasado de bienhechor a solidario es la posibilidad de entrar en la alegría de la fiesta. Entonces se pertenece a la internacional de la vida.